

PRIMA OBSEQUIADA POR LA "REVISTA LITERARIA"  
A SUS SUSCRITORES.

---

# AL CHIMBORAZO.

## ODA

POR

Q. SANCHEZ.

PRECEDIDA DE DOS CARTAS.



**QUITO**

IMPRENTA NACIONAL.

1881.

---

## AL SR. DR. CÁRLOS R. TOBAR.

Estimado amigo:

El año 1868 visité por primera vez la pintoresca Guayaquil. La hermosura de su río, la rica y pomposa vegetación de sus vegas, el afán bullicioso de un pueblo trabajador y lleno de animación, despertaron en mi mente ideas encantadoras, hasta entonces para mí desconocidas. Empapado en la lectura de Virgilio y Horacio, de Fray Luis de León y de Quintana, anhelaba yo también cantar lo bello y lo grande. Avescilla envidiosa del trino melodioso de los ruiseñores, sentíame poderosamente movido á imitarlos.

Recuerdo agradable! Allá, en esas márgenes risueñas, cediendo á un oculto fuego que no estaba en mí sofocar, canté por la primera ocasión, con timidez y conocimiento de mi propia impotencia. Mis cantos sólo oyeron algunos amigos que, indulgentes sin alabanzas exageradas, y entusiastas sin egoísmo, supieron estimularme, dándome útil enseñanza. Entonces fué cuando, joven de veinte años, me atreví á cantar al Chimborazo, cuya cima se divisa desde el Guayas, como un trozo de nieve suspendido entre las nubes.

Mi carácter y mis inclinaciones se hanavenido siempre más bien con las fáciles y no estudiadas armonías del divino León, mi poeta predilecto, que con la robusta entonación de Herrera ó de Quintana. Sin embargo, era difícil no caer en la tentación de cantar al *Rey de los Andes*. Temerario atre-

vimiento, á no dudarle, en un jóven de poca edad y escaso talento. La golondrina que labra, bajo el seguro alar del techado, su nido de tierra, nunca va como el cóndor á buscar albergue en las elevadas rocas de las montañas.

Pero hay un secreto impulso, una inspiracion irresistible, más fácil de sentir que de explicarse, que, á las veces, nos hace salir de nuestra genial inclinacion en vista de lo grande y lo sublime. La naturaleza nos habla entónces con mudo lenguaje, nos convida á admirarla y cantar.

Caí en la tentacion, querido Cárlos, y canté al Chimborazo; pero tuve la imprudencia de publicar mi *silva* demasiado temprano y precipitadamente, ántes de que la necesaria lima y más profundizado estudio puliesen mi imperfecto trabajo. Hubo, pues, de salir mi ensayo defectuoso en la forma y, lo que es peor, falto de unidad, sin la cuál no puede haber belleza literaria, sobre todo en esta clase de composiciones que los preceptistas llaman *pindáricas*. Me arrepentí de mi ligereza y de esa fiebre, natural por desgracia en los primeros años, de publicar ántes de hora é inconsideradamente las primeras producciones. Ahora, tras largo tiempo, he corregido mi *silva* casi de todo en todo, y me he resuelto á darla á la estampa. Apénas conserva veinte ó treinta versos de la escrita en 68. Dejando la idea que me inspiró, la he dado más extension, he cuidado más de la forma, haciendo lo posible porque desaparezca la publicada en antaño y no se cuente en el número de mis composiciones.

No se crea, por esto, que trato de elogiar un parto de mi pobre ingénio. Nadie es juez de sus propias obras, y el fallo del público sensato é ilustrado es el que decide en materias literarias: á él debemos atenernos y sujetarnos, oyendo con modestia sus consejos ó sus aplausos. Odio la crítica magistralmente pretenciosa y que ántes insulta que no corrige, así como agradezco las observaciones detenidas y juiciosas. Desprecio al que, sin analizar una obra ni hacer la aplicacion de las reglas del arte, la condena desenfadado y en pocas palabras, y admiro á críticos como el señor Mera, cuyas acertadas indicaciones me han servido mucho para corregir mis romancitos titulados *La Hija del Shiri*.

Así que, mi ilustrado amigo, si la primera *silva* al Chimborazo fué un mal ensayo, confío en que esta segunda será siquiera legible, si no me engaña mi amor propio; y si está desnuda de mérito, á la postre, le queda todavía el de ser dedicada á U., laborioso escritor y esmerado hablista.

Si á U. le agradan mis versos, como tiene la bondad de decírmelo, más ratos de solaz heme pasado yo con sus bellos artículos y bien pergeñadas cartas, que en gracia, ingenio y castiza dición no les van en zaga á los escritos del más modesto y grande de nuestros literatos; que es cuanto puedo decirle en pró de la verdad y sus merecimientos.

Q. SÁNCHEZ.

---

### AL SR. D. QUINTILIANO SÁNCHEZ.

Estimado amigo:

“ Quereis, por ventura, sublimaros hasta el cielo, extasiaros en lo inmenso, anonadaros con lo infinito?—Aquí teneis cómo conseguir vuestro objeto, aquí teneis medios, aquí alas, y no prestadas ni fementidas que os encumbren para precipitaros: el Antizana, el Cayambe, el Chimborazo, aquí están, monstruosos peldaños por donde subireis á la gloria y al éxtasis.”

Díjelo no há mucho, querido poeta, y ya hubo quien, con paso seguro y con aliento propio para escalar las inmensas alturas, subiese hasta la cumbre para lanzarse á la inmortalidad.

Díjelo, y no preví entónces, que yo tambien habia de ser arrebatado á esas vertiginosas cimas, en brazos de quien tiene fuerzas sobradas para encumbrarse y para encumbrar.

Pero usted, debo quejarme, se está contemplando, sin pestañear, los perpetuos albos hielos; yo; infeliz de mí! estoy deslumbrado y apenas puedo abrir los ojos no acostumbrados. Usted no está fatigado y, más bien, los labios entreabiertos está aspirando aire glorioso, aire de las alturas, aire apropiado á usted, miéntras yo, mal Quintiliano, aquí me estoy anhelante y con la vista herida por los rayos de gloria que las nieves reflejan.

“ Nadie es juez de sus obras”, dice usted; yo agrego, ni podemos serlo tampoco de lo que nos pertenece, siquiera la obra sea ajena. No quiero juzgar la Oda á mí dedicada; cuanto más que un público selecto la juzgó ya y coronó al autor venturoso.

El Gran Mariscal debe de haberse gratamente conmovido cuando de las faldas del Pichincha, la noche del 24, se levantó estruendo de victoria, pero de victoria no ennegrecida por el humo de la pólvora, de victoria no conquistada con la muerte de sus hijos, sino con la vida honrosísima á la cual esa noche nacieron algunos de sus descendientes.

Siendo verdad que las palabras y las acciones de los hombres están estrechamente relacionadas con los sentimientos, estamos de plácemes: pueblo donde la buena literatura conmemora los triunfos de la buena libertad, pueblo es de bien fundadas esperanzas.

La juventud se remueve ya, tenemos afición á las letras, amamos la verdadera libertad: Bolívar y Olmedo, Sucre y Mejía están ofreciéndonos guiarnos por camino de progreso y de grandeza.

Agradézcole, buen amigo, la carta favorecedora.

Feliz el poeta que erija su monumento sobre la cumbre del Chimborazo,

C. R. TOBAR.

---

# AL CHIMBORAZO.

DESDE LAS MÁRGENES DEL GUÁYAS.

---

A MI AMIGO EL ILUSTRADO LITERATO

DOR. CARLOS R. TOBAR.

---

Desde las frescas y rientes playas,  
*Que manso lame el caudaloso Guáyas,*  
Columbro ahora tu serena frente  
Que domina lejanos horizontes,  
Chimborazo sublime,  
Admirado monarca de los montes.  
De tu soberbia majestad pendiente,  
Mi corazon se oprime:  
Absorta á tu presencia  
Desfallece mi mente;  
Tu celsitud envidio; en su vehemencia  
Perdido, anonadado  
Queda al volar allá mi pensamiento.  
En las alas del ábrego violento  
Llegar á tí mi espíritu quisiera,

Y, en divina cancion arrebatado,  
Con sus acentos atronar la esfera.

Allí estás coronado  
De transparentes nubes, que ilumina  
El númen de los Incas con su llama.  
Tu tersa faz espléndida se anima,  
De púrpura tu borde se recama,  
Y el rayo aterrador sobre tu cumbre  
Su carro guarda y su siniestra lumbre.

Los andinos colosos  
Desde su firme asiento te contemplan;  
Vasallos orgullosos,  
Tu augusta imágen emulando, tiemblan.  
Cubiertos de blanquísimo sudario  
Sus riscos espantosos,  
El ALTAR solitario  
Allá descuella, y en silencio mudo,  
Parece que al mirarte, avergonzado  
Su enhiesta faz esconde en el nublado.

Con el estruendo rudo  
Asordando las selvas, do derrama  
Deslumbradora llama,  
Te saluda el SANGAY: tu ínclita alteza  
A la distante zona  
Con el eco de ráudos vendavales  
Anuncia el TUNGURAHUA.  
Bramando con fiereza  
El COTOPAXI ronco te pregona  
Rey y señor de montes colosales.  
El ILINIZA de apagada fragua  
Al aire alzando su bifronte cima,  
Brillante te vislumbra  
Desde apartado clima,  
Y ante tí, sorprendido, se deslumbra.  
Te admira el lindo y blanco SINCHOLAHUA;  
Se esconde el CORAZON á tu presencia;

Umbroso el ATACAZO  
Apénas es giron de tu regazo,  
Y el RUMIÑAHUI calla en su impotencia.

El ANTIZANA bello  
De frente platëada,  
Del sol bañado en vívido destello,  
A tí tranquilo vuelve su mirada.  
Miéntras la brisa los raudales hincha  
Que serpean su falda,  
Coronado de gualda,  
Inmutable, sereno,  
Te contempla el PICHINCHA,  
Y, allí, génio del bien, que al mundo asombra,  
Se alza de Sucre la sublime sombra;  
En tanto QUITO aduérmese en el seno  
Del monte giganteo,  
Como vírgen modesta  
Que buscó el fresco y deleitosa siesta.

El CAYAMBE gentil, el que en pavura  
Treme, á tu nombre, COTACACHI altivo,  
El remoto IMBABURA  
Con sus ruinas sombrío,  
Tu inmensidad aclaman y hermosura

Tú, el suelo ecuatoriano  
Con tu mole sustentas;  
Sobre el averno tétrico te asientas,  
Donde, en despecho insano,  
Contra Jehová infinito,  
Luzbel, audaz precito,  
De tu peso abrumado, ruge envano;  
Miéntras tú, inmoble, eterno, silencioso,  
Titan de las edades,  
En medio de tus vastas soledades,  
Escabél del Señor, te alzas airoso

Yo siempre te admiré, cuando á tu planta  
Bramando rudo y fiero,  
Nubes de arena el huracan levanta.  
Tu mole entónce anúblase, y se viste  
Del negro manto de la noche triste.  
Súbito se desata  
El hórrido aguacero,  
Y en derredor te ciñe, v se dilata  
El trueno entre tus rocas retumbando.  
El éter serpëando,  
Rápidas las centellas  
Deslumbran sin cesar; cae abundante  
La nieve y cubre el páramo desierto:  
Del rumbo antiguo las borradas huellas,  
Afligido é incierto,  
Busca doquier medroso el caminante.

Mas propicio, Jehová recoge el rayo,  
Y en plácido desmayo  
Reposa el ancho suelo:  
La tempestad se aleja  
Al mandato de Dios; el alto cielo,  
A su leve sonrisa, se despeja;  
El extendido velo,  
Que te ocultaba denso, desaparece:  
Más hermosa tu frente resplandece.

Montaña sin rival, régia montaña,  
Del Criador perenne maravilla,  
Cuando tu frente así cándida brilla  
Y en áurea luz purísima se baña,  
¡Cómo el alma se eleva  
A lo ignorado y grande  
Y allá feliz su aspiracion se lleva!  
El ánimo se expande  
Y está el mirar suspenso;  
Con hondo meditar, en el inmenso  
Pasado, en el abismo

Del porvenir me pierdo. Breve punto  
Es el hombre ante tí: nécio pretende  
Orgullosa, olvidado de sí mismo,  
Arcanos penetrar que no comprende.  
¡Vano afanar! que junto  
A la tiniebla fría  
Desparece veloz, huésped de un día.

Pasa la humanidad: tú, portentoso  
Permaneces, burlando  
El poder de los tiempos impetuoso.  
Ciudades y naciones  
Tórnanse en campos mústios y desiertos,  
Y se atropellan mil generaciones.  
Los siglos se suceden  
En derredor de tí, ráudos girando:  
Tu destrucción anhelan . . . mas ¿qué pueden?  
Los siglos quedan en tu cumbre yertos.

Tú de Riobamba altiva  
Viste las altas torres desplomarse  
Al vaiven fragoroso de la tierra;  
Viste su imágen trémula, aflictiva,  
Su grandeza y orgullo disiparse.  
Hoy al viajero aterra  
El campo desolado  
Que misérrimos indios han poblado.

Y en más lejano tiempo,  
¡Oh crueldad y codicia sin ejemplo!  
Excelso Chimborazo,  
Tú la espléndida gloria  
De los hijos del sol viste eclipsada.  
En sangrienta victoria  
La codicia ensañada  
Descargaba frenética su brazo  
Sobre el Inca infeliz; tu ancha llanura . . .  
En inocente sangre fué bañada.

El cáliz de amargura  
Hasta las heces apuró en el día  
De horrenda muerte, cuando  
En tí los ojos túrbidos fijando  
Por la postrera vez, daba un gemido.  
En su furor horrible, complacido,  
El hispano feroz se embebecía,  
Y triunfo, clamaba, y escarmiento,  
Mientras del indio el postrimer aliento  
Entre la endeble paja se perdía.

Pasó la gloria indiana: pobres restos  
Vense doquier de antiguo poderío,  
Escombros que funestos  
Hacínó el tiempo con su mano, impío.  
Si sondëar pudiera los misterios  
Del pasado sombrío,  
¡Cuánta generacion, cuántos imperios  
De la edad primitiva, éra por éra,  
Asombrada mi mente descubriera!

Mas pláceme soñar, y en lontananza  
Mirar el sino de la patria mia:  
Alas de fuego tiene la esperanza,  
Esperanza de glorias y ufanía.  
Cual de las ondas púdica sirena,  
De Bolívar y Sucre al poderoso  
Golpe, surgiera, de atractivos llena,  
La juvenil República: sus sienes  
Orló diadema de oro,  
Y vates mil, en acordado coro,  
Su prez cantaron y futuros bienes.

Si hoy gime entre cadenas,  
Mañana aquí se buscará un asilo  
La augusta Libertad; sus ecos grandes  
Repetirán los Andes,  
Y su cetro tranquilo

Doquier la fada tenderá risueña.  
Augurio sea ó ilusion que sueña  
La musa que me inspira,  
Obediente á su anhelo,  
Yo templaré mi descordada lira,  
Vagando libre en la florida vega  
Que el Guáyas manso riega.  
Con mi atrevido pensamiento, al cielo  
Me encumbraré fugaz: en tu regazo,  
Al tornar á mí mismo, breve instante  
Descansaré, sublime CHIMBORAZO.  
Hermoso, rutilante,  
Te admiraré otra vez: ante el divino  
Autor de tu grandeza  
Inclinaré sumiso mi cabeza,  
Y entre tus rocas el condor andino,  
Al rebramar de fieros aquilones,  
De libertad oirá blandas canciones.

Quintiliano Sánchez.

